

por el ruido inusitado que oyeron, bajaron nuestros religiosos precipitadamente al Santuario y lo encontraron lleno de llamas y de humo. Sin detenerse siquiera á volver de su asombro, corrieron instintivamente á buscar agua y lograron al fin apagar el incendio. Sólo dos retazos de tapicería con emblemas que atestiguaban pertenecer á los latinos, quedaron suspendidos en las paredes. Sobre el uno estaba bordada con flores de lis la corona de los Reyes de Francia y sobre el otro un instrumento músico con esta inscripción: *Gloria in excelsis Deo*. Al día siguiente de este trágico acontecimiento, se dirigieron á Belén el cónsul de Francia, el bajá y el Patriarca griego. El cónsul quería el inventario de lo que había quedado libre de la voracidad de las llamas, pero el bajá se opuso á ello. Entonces, el representante de Francia escribió á Constantinopla al embajador recomendando al mismo tiempo á los Franciscanos la más exacta vigilancia sobre la Gruta, á fin de que no pudiesen arrebatarse los griegos, los pedazos de tapicería, que contenían títulos verdaderos de propiedad. Algunas semanas después, se dió orden al gobernador de Jerusalén para que pasase á Belén y se procediese á la formación del inventario. La orden fué puesta en ejecución y poco más tarde una tapicería nueva regalada por la Francia, reemplazó á aquella que la malevolencia griega había destruido. Después del incendio, Fr. Alonso de Sérvia, Guardián del Santuario, á fin de velar mejor el sagrado pesebre y defenderlo en caso de necesidad, se sujetó por espacio de quince años, desde 1869 hasta 1884, á dormir todas las noches sobre una malísima cama tras de la puerta que pone en comunicación la gruta de San José con la del Nacimiento.

¿Como calificar ahora los bárbaros hechos que tuvieron lugar el 25 de abril de 1873 y que tanta resonancia tuvieron en la prensa?... Era una mañana, y los Franciscanos, después de haber hecho su procesión de rogativas volvían á entrar en la Basílica de Santa Elena, cuando fueron asaltados á palos por los impíos y cobardes griegos. Aunque desarmados y cogidos de improviso, no se desalentaron; antes bien, arremetiendo con denuedo á sus adversarios y arrancándoles las mazas y garrotes de sus manos, dieron pronto cuenta de todos ellos, haciéndoles huir vergonzosamente. Los griegos, aunque rechazados con confusión, no quisieron darse por vencidos. Corrieron presurosos á Jerusalén, alistaron á sus compatriotas sin dar aviso al Gobierno otomano, los armaron de pies á cabeza, y sobornaron á fuerza de dinero una docena de *zaptiehs* (especie de carabineros) que habían llegado por la mañana á Belén para *restablecer el orden*. A la tardecita, acompañados de algunos monjes *bendecidos* por Procopio, su nuevo Patriarca, se

encaminaron hacia la ciudad de David, animados todos, no menos por la cólera que por la esperanza del botín. Los Franciscanos, apenas advirtieron el grave peligro que les amenazaba, pidieron también socorro á Jerusalén y se les mandaron soldados de línea; mas para cuando llegaron había estallado ya la tempestad con todo su furor, y el primer Santuario de la Redención se hallaba en poder de nuestros enemigos... El jefe de los *zaptiehs* logró encerrar una parte de los religiosos en el convento, mientras sus hombres abrían la puerta de la Basílica á aquellas salvajes hordas que no querían otra cosa que sangre y saqueo. El tiroteo comenzó; un carabinero apagó las lámparas del coro, y esta fué la señal de la lucha, que fué verdaderamente terrible. El puñado de Franciscanos que quedó en la iglesia no cesó de combatir hasta que la resistencia le fué completamente imposible.

Los heridos fueron ocho: el P. Francisco Alvarez, español, tuvo tres contusiones en la cabeza y una muy grande en la espalda; Fr. Francisco de Nonantola no escapó sino por milagro; sólo para la defensa de la Gruta tenía tras de sí el muro y por delante hombres furiosos como tigres. Estos avanzaron hacia él con pistolas y espadas; dos veces descargaron sus armas, pero el Jesús del Pesebre lo salvó de una muerte inevitable, pues no tenía sino un palo para su defensa. De repente oyó una voz que gritaba *¡Salvatevi; siamo traditi!* ¡Salváos, que estamos vendidos! Entonces fué cuando se apercibió que estaba herido en la mano derecha y había perdido el pulgar de la izquierda, hallado después entre los escombros.

El que había dado el grito de alarma era el fraile guardián del Santuario; poseído de horror al ver al *zaptieh* descargar su fusil contra sus hermanos los religiosos rivalizando en ferocidad con los mismos griegos. Los otros principales heridos fueron: el P. Mariano Maroni, español, y otros dos italianos, Fr. Juan de Palermo y Fr. Alonso de Servia, que desempeñaba el cargo de sacristán.

Los nuevos hugonotes saquearon la bendita Gruta con inaudita brutalidad. En la mañana del 26 parecía una casa arruinada por un bombardeo. El lienzo del Pesebre, el de los Reyes Magos, obras de Murillo adornadas con marcos de plata; otros dos lienzos que no eran menos apreciados por su mérito artístico, las tapicerías nuevas y viejas y todos los objetos sagrados que tenían algún valor intrínseco, desaparecieron completamente. Demolieron además el altar de los Magos, ensuciaron y desfiguraron el Pesebre, rompieron en pedazos las lámparas de cobre, usurparon las de plata... sólo la famosa estrella quedó en su lugar. ¿Y por qué este extraño respeto? Porque Mons. Agappios, enton-

ces metropolitano griego, hizo de su cuerpo una muralla á la estrella, gritando con todos sus pulmones: «¡Que pertenece á las potencias!...» Sin embargo, el mismo Prelado permitió que se quitasen las lámparas que estaban al rededor.

El día 28 vino orden de recojer en presencia del cónsul de Francia y del bajá, los restos acumulados en la Santa Gruta, con los que se llenó un gran cajón que se conserva aún en el convento. Por fortuna, se encontró entre ellos la piedra que llevaba el escudo Franciscano: era una pieza de irrecusable testimonio. A pesar de todo, cuando se trató, que fué en seguida, de poner en su lugar otra idéntica á la que habían destrozado, se opusieron los griegos, y M. Patrimonio, cónsul de Francia, se vió precisado á expedir un oficial turco acompañado de un Padre Franciscano, con orden de coger los fragmentos encontrados. Con todo esto, se obstinaron los griegos, é indignado el cónsul envió relación del hecho á Constantinopla, y obtuvo un firmán que autorizaba á los frailes menores para volver á colocar el mármol roto con el escudo de tierra santa. A consecuencia de este vandálico acontecimiento y á petición de Francia, se ha püesto un centinela turco para guardar el Santo Pesebre.

Entre tanto, la opinión pública se excitaba más y más; se señalaban con el dedo los ladrones y asesinos, se daba razón de los culpables al bajá, pero no se tomaba medida alguna para detenerlos. Unos huían á Alejandria con toda libertad, y llegaba el atrevimiento de otros hasta andar por las calles de Jerusalén vanagloriándose de su vergonzosa acción. Como era natural, el Patriarca griego cismático que les había dado la bendición para que fuesen á ejecutar tantos sacrilegios, los acogía y protegía con empeño después que tan á su satisfacción los habían ejecutado... El gobernador se decidió al fin á ir á Belén, y fué acompañado del cadí, del multi y de algunos otros empleados de la justicia. Fué también el cónsul de Francia con toda su comitiva. Todo el día se les pasó en hacer informaciones y levantar un proceso verbal de los perjuicios causados á los latinos; y decidieron, antes de marchar, que fué á las once de la noche, que la Gruta recobraría su antigua decoración. Pero ¿cómo podrían recobrase los tesoros disipados y escondidos?

¡Nueva complicación! Entre los ornamentos que los Franciscanos de Jerusalén se apresuraron á enviar para proveer á las primeras necesidades, se hallaba una antigua tapicería que en otro tiempo había servido en el Santísimo Sepulcro. Al verla el bajá quiso comprar una á su costa y colocarla en la sagrada Gruta en nombre de su gobierno. El

P. Milani, entonces Custodio, vió en esta pretensión una amenaza seria á los derechos de los latinos, y protestó enérgicamente. El gobernador respondió con prórrogas y concluyó por decir que daría cuenta del negocio á Constantinopla.

No fué esto: surgieron además otras dos grandes cuestiones, la una á propósito del altar de los Magos, y la otra con motivo de un armario en el que guardaban los Franciscanos los objetos más usuales destinados al culto de la Gruta. Los griegos y los armenios se oponían á que el armario fuéese reemplazado por otro, y las autoridades turcas á que se reconstruyese el altar. Los primeros alegaban que jamás había existido el armario que quería reemplazarse, cuando todos los betlemitas, por de pronto, é innumerables peregrinos del mundo entero podían dar testimonio en contrario. ¿Puede darse mentira más desvergonzada y manifiesta? A la verdad, aquel pobre mueble que en una almoneda no hubiera valido diez pesetas, no merecía ciertamente que por su causa se metiese tanto ruido; pero estaba colocado en un paso apetecido desde hacia largo tiempo por los disidentes que querían considerar como propia la escalera, y por eso se explica el empeño que ponían en que desapareciese para siempre, porque atestiguaba de una manera irrecusable el derecho imprescriptible de los Franciscanos.

Sobre el altar había puesto su veto el bajá, quien ni aun ver quería que se le hablase de su construcción en piedra. Sólo quería tolerar, y esto provisionalmente, que se hiciese de madera, lo que preparaba para un porvenir cercano la pérdida completa del Santuario de los Magos. El P. Milani, alarmado más y más cada vez, escribió cartas sobre cartas, reclamaciones sobre reclamaciones, pero en vano; pues la justicia turca se desliza y oculta cuanto tiene interés en no aparecer. Al fin, estos tristes acontecimientos llegaron á noticia de M. Roustan, cónsul general de Francia. Al tener conocimiento exacto de todo, se conmovió profundamente. Hombre de valor y sinceramente devoto de los Franciscanos, elevó su causa, que era la de la justicia con la sublime puerta, y contra todo lo que se esperaba obtuvo cumplida satisfacción. Ordenó, pues, el Sultán, que todo el mobiliario de la Gruta se volviese á colocar en su estado primitivo. En consecuencia de este mandato, fué reconstruido en cantería el altar de los Magos, el armario sustituido por otro, y se suspendió de las paredes una hermosa tapicería de amianto regalada por la Francia, representando los misterios de la infancia de Jesús. Fué ésta, sin duda alguna, una brillante reparación, pero á pesar de todo, el daño había sido en muchas cosas irreparable, pues no estaba en poder de ninguna cancillería, ni aun de

príncipe alguno terreno, el crear de nuevo un Murillo, ni reemplazar completamente el rico tesoro acumulado por la piedad de los siglos, y que sacrilegamente había sido arrebatado. Los griegos fueron condenados justisimamente á pagar una considerable indemnización á los Franciscanos, pero éstos renunciaron á ella generosamente.

Los cismáticos no se limitan á disputar á los frailes Menores sus derechos siete veces seculares sobre los Lugares Santos, procuran además con todo empeño arrebatarles las almas de los católicos. Su conducta no es otra cosa que un cúmulo de indecencias, locuras, impiedades, majaderías y ridiculeces. He aquí, en prueba de ello, lo que pasaba por los años de 1880.

Hacia ya mucho tiempo que la población católica latina de Belén pedía con insistencia el ensanche del cementerio, suplicando á los Franciscanos que proveyesen al honor debido á sus difuntos, cuyos cadáveres tenían que ser desenterrados antes de ser reducidos á polvo, para dar lugar á otros. Los padres acogieron favorablemente esta súplica, y para complacerlos compraron un vasto territorio junto á la Gruta de la Leche. El patriarca latino de Jerusalén, en su pastoral de 13 de abril de 1879, instituía dicho terreno en Campo-Santo, y autorizaba á uno de los religiosos del convento de Belén para bendecirlo. Todo parecía marchar viento en popa, cuando una porción de facciosos, pues los hay hasta en las mejores parroquias, se levantaron contra el decreto del Patriarca, alegando las más pueriles razones para justificar su incalificable resistencia. Se dirigieron, pues, á su palacio, declararon á Mons. Bracco que querían construir á su propia costa otro cementerio. El Patriarca, que los conocía muy bien, accedió á sus deseos con un tacto y prudencia verdaderamente admirables, sin imponerles otra condición que la de terminar su obra en el improrrogable plazo de seis meses. Pasó este tiempo y los perturbadores ni aun siquiera pusieron manos en ella. Entonces el Patriarca, usando de su derecho, hizo cerrar el cementerio antiguo, con prohibición absoluta de conceder en él bajo ningún pretexto sepultura eclesiástica. Mas nada se consiguió, pues los revoltosos continuaron con su tema. Entonces apareció en la escena un nuevo personaje, Anthymas, el Obispo cismático. Este, con su oro, sus promesas, sus truhanerías y sus embustes, alentó á los descontentos, deslumbrándolos á la vez con las ventajas materiales que según él habían de conseguir abrazando la religión griega. Aquellos insensatos prestaron oídos á sus pérfidos discursos, y desde aquel momento comenzó una serie de escándalos apenas creíbles. La división penetró en las familias y el mismo templo de Dios vivo fué profanado.

¡Cuántas veces se vió impedido el párroco de poder proseguir el oficio de difuntos á causa del tumulto que reinaba en la iglesia! ¡Cuántas otras tuvo que abandonar el túmulo en medio del recinto sagrado y buscar un refugio en la sacristía para escapar de los insultos de los facciosos! El capitán Guillemot, testigo muchas veces de estas escenas tan inusitadas en la católica población de Belén, se mostraba de esto vivamente impresionado. Los pobres extraviados, obedeciendo á sus maliciosos consejeros, escribieron á Roma lamentándose de ser oprimidos por los Franciscanos, por esos mismos que desde hace tantos siglos velan sobre ellos con una caridad ilimitada y proveen con infatigable celo á sus necesidades, no sólo espirituales, sino hasta corporales. Este estado de cosas duró un año poco más ó menos, después del cual sobrevinieron nuevas y aún más tristes peripecias.

El obispo griego de Belén, que se hallaba hacia dos meses en prisión en el monasterio de San Sabas, expiando las tramas secretas que, de acuerdo con el gobierno ruso, había urdido contra su propio Patriarca, tuvo noticia de la firme actitud guardada por los Franciscanos en el negocio del cementerio. Viendo sus esperanzas defraudadas, resolvió, lleno de furor, emplear todos los medios de corrupección que estuviesen á su alcance para satisfacer su encono. Un desertor llamado Giorgio Saadeh, después de haberse entendido con el archimandrita ruso, se ofreció á secundar sus negros designios. Unido á algunos miserables de su calaña, este hombre trabajó sin descanso y concluyó por embaucar á una porción de latinos de origen griego, gente sin religión que hacia largo tiempo habia desertado de la Iglesia católica y abandonado todas las prácticas cristianas. Pero esto poco importaba. Saadeh estaba muy pagado de su conquista, comprendiendo que, aun con tales personas, podía al menos desacreditar á los católicos. Esto pasaba el 11 de diciembre. Advertido el cura del asunto, convocó á los rebeldes y les exhortó dulcemente á arrepentirse, mostrándoles el abismo en que iban á precipitarse: mas viendo que nada conseguía de aquellas gentes obstinadas, las abandonó á su propia suerte. El día 26 del mes, fiesta de San Esteban protomártir, apostaron públicamente. La pluma se resiste casi á referir las obscenidades á que dió lugar la simulada ceremonia del nuevo bautismo. He aquí algunas de las preguntas tontas y astutas al mismo tiempo que la precedieron, tomadas literalmente del árabe:

El Sacerdote griego al neófito:

—¿Crees tú aún que el Papa es Dios?

—¿Crees tú que la hostia que se come tomada de un cáliz distinto